

SECCION DE ICTIOLOGIA Y PISCICULTURA

EL ESPINOSO

(GASTIROSTEUS ACULEATUS)

Anteriormente nos hemos ocupado de las curiosas costumbres de algunos peces exóticos, aclimatados y conservados en nuestros acuarios, en los que se ha de mantener artificialmente el agua a la temperatura conveniente. No sería justo continuar hablando de estos curiosos peces tropicales, sin decir algo sobre un pequeño pez indígena, el más interesante de todos, sin duda, debido a sus curiosas costumbres en el momento de la reproducción.

Se trata del Espinoso (*Gasterosteus aculeatus*), perteneciente a la familia de los Gasterosteidos, enclavada en el suborden de los Hemibranquios. Su amplia repartición comprende el Norte (San Sebastián), el Sur, Levante (Albufera) y Cataluña. Habita las regatas de agua limpia y abundante vegetación, y no le asustan los períodos de sequía, pues merced a su pequeño tamaño (5-6 cm.) le basta un poco de agua para que pueda subsistir.

Pez de mucho carácter, pendenciero, osado y fácilmente irritable, alardea, además, de una especie de "complejo de superioridad" aun en presencia de grandes ejemplares de otras especies por muy carniceras que sean. Ello es debido a su magnífico sistema de defensa. En lugar de escamas tiene el cuerpo cubierto de placas óseas que le dan un aspecto metálico, posee en su vientre dos potentes aguijones que no son otra cosa que las aletas pelvianas transformadas, y en el dorso, delante de la aleta dorsal, otros tres fuertes pinchos, que lo convierten en un sujeto invulnerable. A la menor señal de peligro las cinco espinas se ponen tiesas, y ya se guardará el visitante de hacerle nada malo aquel verdadero cactus acuático. Se adapta bien al régimen de cautividad, si bien su interesante reproducción (práctica la nidificación) no siempre es fácil de conseguir. Se facilita colocando una sola pareja en un acuario amplio y con abundante vegetación.

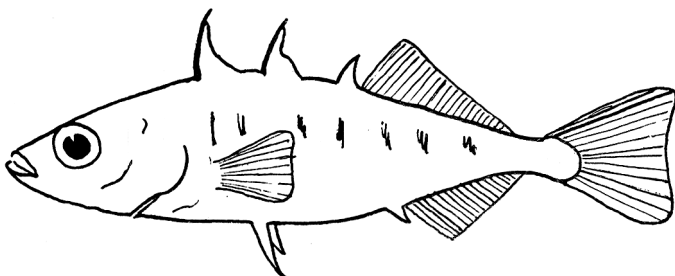
Los acuarios pequeños le agradan poco, tal vez debido a su temperamento independiente y porque echa de menos sus paseos por el río en busca de camorra y pelea.

Si durante todo el año es un sujeto irritable y de mal genio, durante la época de reproducción se convierte en una fiera que no respeta a nada ni a nadie.

Es el macho quien verdaderamente alardea de este mal humor,

permaneciendo al abrigo de las plantas y lanzándose sobre todo lo que circule cerca de él, ya sea una pequeña pulga de agua, a la que tritura y devora con fruición, como a una voluminosa carpa, a la que ataca desgarrándole sus aletas. Es tal su fiera que al morder, por ejemplo, a la carpa en su aleta caudal, ésta, al sentirse herida, inicia una huida con fuertes golpes de cola que bastarían para enviar lejos a cualquier otro pez; no así al espinoso, que continúa agarrado fuertemente con la boca a la cola de la carpa hasta que se cansa de morder o logra romper los radios de la aleta en que se sujeta.

Curiosa resulta la forma de desplazamiento de este pequeño pez, fácil de observar en un acuario. La rigidez de su cuerpo le impide el avance tal como lo realizan otras especies, por movimientos ondulatorios, apoyándose en la aleta caudal. El espinoso utiliza para su avance casi únicamente sus aletas pectorales, que gracias a su transparencia y rapidez de movimientos apenas se



ven, y así su rígido cuerpo en forma de huso algo aplastado avanza como torpedo, con bruscas paradas de vez en cuando.

Durante el período de reproducción el macho se colorea de verde intenso en el dorso, con el vientre rojo brillante, mientras la hembra conserva sus anteriores tonalidades, verde en el dorso y plateado el vientre. Es en esta época cuando, como hemos dicho, se muestra más pendenciero y quisquilloso que nunca, atacando y mordisqueando todo lo que se ponga a tiro.

Conforme la primavera avanza, se muestra cada vez más excitado, hasta que, llegado el momento, se dispone a construir el nido, donde posteriormente se desarrollarán sus crías. Lo primero es la elección de un buen sitio, entre las plantas y al abrigo de la corriente, si la hay.

Nuestro pequeño pez recorre la orilla observando bien para no equivocarse en la elección. Si está en cautividad, no dudará mucho

eligiendo un rincón en donde la vegetación abunde. Elegido el lugar, comienza inmediatamente a trabajar. Primero limpia concienzudamente el suelo y arranca todas aquellas plantas que le estorban para su construcción.

Por fin queda todo bien preparado, y entonces comienza el verdadero trabajo, donde el espinoso se nos revela como un gran constructor y artista. En efecto, su nido no es un simple disco de burbujas o hierbas, como ocurre con algunas especies tropicales, sino un auténtico nido de ramillas entrelazadas y unidas con cemento, que haría palidecer de envidia a cualquier ave. Con su menuda boca va reuniendo tallos de plantas, raíces y pequeños palitos, a los que una vez en el lugar elegido corta en trozos del tamaño más conveniente, y empujando y tirando los va colocando en su sitio, entretenidos unos con otros.

Como ha de ser un nido fuerte y resistente a la corriente y empujones le hace falta emplear algo a modo de cemento. Como el barro no sirve para una construcción sub-acuática, el pobre animal se vería en grandes dificultades si la Naturaleza no le hubiese solucionado la papeleta proporcionándole un líquido espeso que él mismo segrega por la abertura anal y que se solidifica rápidamente en contacto con el agua. De esta forma el espinoso va derramando gruesas gotas de su precioso líquido sobre las paredes del nido mientras va colocando cada vez más ramillas y trozos de plantas, que poco a poco le van dando forma, hasta que al fin de la jornada el pez, extenuado, se decide a descansar al lado de su obra, ya completamente terminada. Consiste ésta en una sólida esfera, algo mayor que una nuez, con un redondo agujero de entrada, bien fijada al fondo para evitar los desplazamientos.

Al amanecer el nuevo día el espinoso ya está como nuevo, luciendo sus intensos colores, de los que procurará sacar partido en breve.

Efectivamente, tras unos nerviosos movimientos alrededor de su obra, el mozo se marcha en busca de novia. No es difícil el asunto. pues en el primer recodo se encuentra con un grupo de hembras de plateado vientre que nadan contra la corriente. El macho merodea el grupo, fijándose bien para elegir la hembra adecuada, una de vientre redondeado y lleno de huevos próximos a la expulsión.

Una vez hecha la elección, nuestro pez se aproxima lentamente a ella henchido de satisfacción. La rodea muy despacio luciendo unos nerviosos movimientos de aletas, especiales para ella e intensifica aún más sus intensos colores con objeto de deslumbrarla.

La hembra, un poco asustada ante estas demostraciones, pretende escapar disimuladamente, pero son vanos sus intentos. Cada vez se ve más asediada por el amoroso macho, que en la cúspide de su excitación ejecuta un nervioso baile en su derredor.

Aquello ha llegado demasiado lejos, y la hembra apela a la fuga descarada. Pero el espinoso macho es, además, un tío testarudo que lo que no puede conseguir por las buenas lo logra por la fuerza. En seguida alcanza a la esquivia hembra, y dejando a un lado delicadezas y caricias arremete brutalmente contra ella mordiéndole y clavándole sus duros agujones dorsales. La maltratada hembra, incapaz de defenderse, comienza a ceder, mientras su airado pretendiente, cegado por el furor, no se acuerda de sus pasadas galanterías y continúa maltratándola, hasta que al fin, plenamente convencida de la inutilidad de resistir, se decide a acompañarle dócilmente. Entonces, todo orgulloso, la conduce hasta su flamante nido, donde empujándola suavemente la obliga a penetrar por la estrecha abertura circular.

Una vez dentro del nido, la pobre hembra deposita su puesta de huevos y no tiene tiempo de descansar un segundo, pues en seguida ha de salir, con el vientre flaco y vacío, para dar paso al macho, radiante de felicidad, que se apresura a derramar su semen fecundador sobre la freza recién puesta.

Una vez fuera nos encontramos con que la hembra ha desaparecido, lo que ciertamente carece de importancia, pues lo que el macho necesita son más hembras sin desovar que le llenen el nido de pequeños huevos, y en busca de ellas sale. Se repiten los juegos, y al cabo de un rato aparece con otra, no menos maltratada que la anterior, y que, igualmente, es obligada a desovar en el interior del nido.

Se suceden las hembras hasta que en el interior del nido apenas si cabría otra que fuese a desovar. Entonces, el instinto paternal es el que se apodera por completo de nuestro pez y con sus agudas espinas en formación de combate monta guardia ante la puerta de su hogar, y desgraciado del infeliz que se aproxime demasiado, aun sin ninguna manifestación hostil. El futuro papá no quiere arriesgarse, y si antes era un sujeto airado y quisquilloso, ahora es una verdadera máquina de destrucción que acomete y lesiona a todo el que se acerque, por muy superior en tamaño que le sea. Cuando no hay enemigos a la vista el espinoso se entretiene abanicando el agua con sus amplias y oscilantes aletas escapulares, dando lugar así a una corriente de agua que, penetrando por la boca del nido, proporciona la debida oxigenación a los huevos.

Se han hecho experiencias muy interesantes con espinosos en este momento de la cría, sustrayéndoles el nido, cambiándoselo por otro y volviéndole a colocar el suyo propio. A poco de quitárselo, para lo que se encuentra una gran oposición por parte del pez, su flamante colorido propio del celo desaparece, para dar paso a unos tintes tenues y sin brillo, y a él mismo se le ve mustio y alicaído. Posteriormente, en el momento de la devolución, casi siempre reconocen su propio nido y tras recobrar la coloración y vitalidad perdidas se reintegra con entusiasmo a sus tareas de buen padre. Sin embargo, ejemplares trasladados en compañía de sus nidos desde el río donde vivían a un acuario, se desinteresaron por completo de ellos, debido probablemente a la impresión producida por la pérdida de la libertad y su reclusión en un lugar extraño, por cómodo que les resulte.

En un acuario donde un espinoso cuidaba de su nido se introdujo un escorpión acuático (*Nepa cinerea*), que en sus lentos paseos tropezó varias veces con el airado padre, el cual lo arrastró de mala manera, hasta treinta veces, al extremo opuesto del acuario.

Por fin, en el interior del nido comienzan a ocurrir cosas. Los huevos han comenzado a romperse y las crías, torpes, con su vesícula vitelina pendiente del vientre, se amontonan peligrosamente unas sobre otras. Más trabajo para el activo padre, que se ocupa de que todo esté en orden. Las crías van absorbiendo poco a poco el contenido de sus vesículas, hasta que llega el momento en que les es factible coletear y nadar con agilidad, lo que aprovechan inmediatamente para lanzarse al exterior en compacto grupo, mientras su padre, feliz y contento, las rodea, sin dejar de mirar a todos los lados temiendo, como siempre, la aparición de algún peligro.

Pocos días dura ya esta tutela, pues las crías prosperan de día en día y, al fin, llega el momento en que se hacen independientes, alejándose de su padre, que rápidamente las olvida y se lanza de nuevo por el arroyo en busca de alguien con quien pelear, pues en algo tiene que pasar el tiempo hasta la próxima primavera, en que volverá otra vez a ser el padre Bueno y cariñoso de antes aunque sus vecinos no opinen lo mismo.

Rafael TRECUI EUGUI